

guezas rompieron los diques. En el Congreso, en el Senado, en las estaciones, en los tranvías, en el Tiro de pichón, donde postuló la Reina en persona, en el Banco, en los Círculos, en los Ministerios, dondequiera, penetraron las señoritas bolsa en ristre y sonrisa en rostro, haciendo destrozos en carteras y faltriqueras. El Rey tuvo que dar vuelta a las suyas, para que viesan las postulantes que no le quedaba ya un céntimo. Y no valiéndole ni la demostración, tuvo que pegar un salto, que me río del de Alvarado (entre otras cosas, porque el de Alvarado es una fábula).

Había que ver las solapas de los señoritos. Una constelación de flores rojas y amarillas, desbordándose. Dicese que más de un millón de flores han sido clavadas en solapas. Si cada una ha valido, por lo corto, 25 céntimos, serán 50.000 duros. Esta suma no se encuentra a la vuelta de la esquina.

Por eso tienen que tentarse la ropa los que se oponen a iniciativas tales. Cuanto más cristianos sean, más deben tentársela, mirando a que, aun descontados los abusos y yerros que caben en todo lo humano, siempre redundará gran parte de tal acción en bien de los enfermos, de los heridos, de los menesterosos.

**

También ha de sacarse gran fruto de la corrida regia a beneficio de la Cruz Roja. Nótese que casi diariamente se celebra alguna fiesta de objeto benéfico. Semejante contribución, al revés que otras, pesa casi exclusivamente sobre las clases acomodadas. No es el pueblo el que coayuda para fines tan útiles al pueblo. Y obsérvese que el pueblo, cuando puede, se asocia en la medida de sus fuerzas: así ha sucedido en la Fiesta de la flor, y esto representan los talogos de calderilla que se han recolectado. Pero el llamamiento es a los ricos, y los ricos sufren el impuesto, en una o en otra forma.

Es de esperar que venga un día en que ciertos elementos miren, no sólo con tolerancia, sino con agrado, lo que, sin ser caridad sublime, es siquiera obra de misericordia. Ya lo demuestra el artículo entusiasta que acabo de leer en un periódico católico de Madrid, *El Universo*, en el cual se encomia y bendice esa Fiesta de la flor, que otros pusieron como hoja de perejil.

**

No he asistido a la recepción académica del señor Saralegui, por falta material de tiempo, que es el artículo de que ando más escasa; pero leo en la prensa fragmentos de su discurso, y veo que censura las novedades en el lenguaje, y condena los neologismos, lamentando a la vez la pobreza del léxico de los escritores actuales y recomendando la lectura de los clásicos y de los modelos para remediarla.

En todo esto hay mucho que heñir, y se puede empezar por un *«distingo, padre Domingo»*. En distinguir está el toque.

Los clásicos y los modelos son, ¿quién lo duda?, necesarios al escritor; casi diré que indispensables. La etapa de lectura nadie la puede omitir. Ignorar la tradición literaria, produce un género especial de barbarie. Un escritor que ni conoce ni siente a los clásicos del idioma, es un indocumentado, un mal nacido. A los clásicos hay que leerlos — aun cuando sea sólo sea para rectificar su clasificación —. Yo que tanto he manejado y seguiré manejando, hasta que Dios quiera, a los historiadores que escribieron sobre la Conquista de México, encuentro entre ellos a uno tenido por clásico admirable, y que acaso, por defectos de su época literaria, no lo sea tanto, no tenga el jugo sabroso y genuino que otro a quien nadie ensalza: me refiero a D. Antonio Solís y a Bernal Díaz del Castillo. El primero, citado siempre como modelo del habla, es un escritor de decadencia, lo mismo que Rivadeneyra, y aunque en su estuche haya perlas magníficas, no le propondría yo para que nadie le imitase: sugiere amaneramientos. El segundo, es un lego, un soldadote; pero en él abundan los que el mismo Sr. Saralegui llama felizmente giros geniales, imágenes pintorescas, y gentiles modismos de oro acendrado del pueblo. El estilo de Solís lleva golilla, y el de Bernal Díaz es la misma naturalidad. ¡Hay que rectificar, insisto en ello, la clasificación de los clásicos!

**

En cuanto a los neologismos, los hubo en todo tiempo, y Cervantes los usó, y también extranjerismos marcados, italianismos escandalosos, sin dejar de ser Cervantes. Por encima de las espumas y es-

corias del idioma, está la personalidad del gran escritor, que, para serlo, debe conocer muy bien a los clásicos, y después olvidarlos y formarse su estilo propio, su individualidad inconfundible.

No son los escritores de altura los que tienen el habla castellana en un estado de pobreza, por desuso de los vocablos. Cabalmente en estos últimos tiempos les ha dado a los escritores por desenterrar muchos, nada usuales, y por recoger giros, idiotismos y modismos del pueblo y de las regiones; y si se pudiese hacer un recuento, se encontraría en los autores del siglo XVII y XVIII mayor escasez de vocabulario que hoy, por ejemplo, en Galdós o Valle Inclán. Y no está todo en el vocabulario: hay que pensar en el modo de manejarlo. Hacinar palabras raras, de nada sirve. El caso es colocar de tal modo las palabras, que ejerzan la sugestión o colorista, o musical, o intelectual, o sentimental que el autor se ha propuesto. Y esto no lo saben hacer todos, sino muy pocos, y longincuos, como dijera Salomón de la mujer fuerte...

¡Ah! Las castañuelas pueden tocarse mal y tocarse bien... Y no me dejará mentir la bella *Imperio*...

Es el demonio que, con el Diccionario de la Academia que hoy rige, la pérdida del habla si que sería definitiva, pues apenas se encuentra en él palabra alguna de las que ocurre buscar. A bien que hay otros Diccionarios menos incompletos, como por ejemplo el de Rodríguez Navas. Con el de la Academia, frescos estábamos; y por eso en primer término, y antes de plañir los males del afectado menoscabo con que muchos españoles miran todo lo de su patria, puede el Sr. Saralegui llorar las inmensas faltas y errores de tal Diccionario, que como autoridad se preconiza.

**

Yo, en lo referente a las palabras extranjeras, tengo un criterio: que, si no cabe sustituirlas por otras españolas, conviene españolizarlas, imprimirlas nuestra marca propia. Así procedían nuestros antepasados. Del juramento alemán *¡bei Gott!* hicieron nuestro castizo *bigote*, como de las *tartelettes* hicieron *artaletas*, de las *croquettes* *croquetas*, de las *pauipiettes* *purpelas* y del *tramway* *tranvía*. Por lo demás, en materia de olvidar la lengua que se habló de niño, yo le voy a contar al Sr. Saralegui, que si no me engaño es gallego, un cuento más expresivo que el de Cristóbal de Villalón que él saca a relucir.

Erase que se era un *caista*... Llamen así en Galicia a los que, por haber pasado en Andalucía, y sobre todo en Cádiz, unos meses de laboriosidad, vuelven a su tierra con unos pesos, ahorrados, y escupiendo por el colmillo. El *caista*, pues, llegó a su casa, pobre choza de labradores, y exagerando el ceceo, dió en preguntar con desdén los nombres de cada cosa, lo mismo que si nunca la hubiese visto.

«¿Qué ez ezto, mare?»

«¿Cómo le dicen a czto, parecito?»

Era el padre uno de esos petrucios socarrones, que no hay flamenco que les dé una vuelta.

Tomó con sumo cuidado un instrumento de labranza llamado *angazo*, que tiene púas de hierro, y lo colocó en la cuadra, puntas arriba.

Hecho lo cual, llevó a su hijo, a pretexto de enseñarla el buey y la vaca, a la oscura dependencia.

El mozo, andando descuidado, puso el pie sobre los pinchos, y gritó, con energía y ya sin ceceo alguno:

— ¡Vállate juncrú lo angazo, case me magoou!

Que significa, traducido libremente:

— ¡Cargue el diablo con el angazo, que me lo clavé!

— ¿Hola?, exclamó irónico el padre. ¡Vaya, alabado sea Dios, que ya sabes hablar como nosotros y el nombre de las cosas!

Crea el Sr. Saralegui que el muchacho de Logroño sabía perfectamente su lengua, la cual no se olvidó en el tiempo que se gastan unos zapatos, ni en mucho más. Lo que tenía el tal mozuelo, como el *caista*, era *pose*: y séame permitido usar este extranjerismo, para el cual no encuentro, así al pronto, equivalente castellano.

¿Cómo traduciríamos *pose*?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que ha sucedido con la Fiesta de la flor, es una nota interesante de vida moderna.

Lo dije no ha muchos días, en la velada de la Cruz Roja, organizada por la asamblea de esta benéfica institución, y celebrada en el Teatro Real, bajo la presidencia del infante D. Fernando de Baviera: nunca se ha dado tanto para los pobres, nunca se ha hecho tanto bien como ahora. En otras épocas de la historia, los piadosos eran los Santos; pero los Santos escasean siempre, hoy y entonces. El caso es que sea piadoso todo el mundo; que la piedad constituya una endemia, no un caso aislado. Y sospecho que esto se ha conseguido.

Al principio, gran parte de la prensa, si no toda, se opuso a lo que llamaban «la caridad bailable», negando que fuese tal caridad. Y, en efecto, yo no diré que a cuanto se hace en pro de los necesitados quepa aplicarle con propiedad el nombre de una de las virtudes teologales. Sólo que aun sería más impropio atribuirle el de ninguno de los pecados capitales. Ello es cosa buena, sin llegar a la perfección. La perfección, ¿quién la logrará? Ardua cosa. Y los que censuran y hasta se oponen a la beneficencia cual generalmente se practica, ¿serán, pregunto yo, capaces de rascarse el bolsillo y entregar lo que había de producir la fiesta que reprueban y a la cual son estorbo? Y si no han de compensar lo que quitan, ¿estarán exentos de responsabilidad ante Dios y ante los necesitados?

**

Todo esto que voy diciendo, me lo sugiere el caso de la oposición que el año pasado encontré en mi pueblo la Fiesta de la flor. Hubo periódico que dijo que en ella perdían el pudor las señoritas. Y éstas, claro, se retrajeran. No es cosa de perder un requisito como el pudor; que, después de perdido, el diablo que lo recobre.

Pues esta fiesta calificada de antipúdica, la ha patrocinado este año, en Madrid y en toda España, Su Majestad la Reina Victoria, que nació en Inglaterra, ¡el país del pudor justamente!, y han tomado parte en ella las principales señoritas de la corte. El pudor seguro estoy de que no ha sufrido menoscabo; siendo de suyo algo que jamás ha perdido señorita alguna que no lo haya querido perder, y que puede perderse en todas partes y en ninguna, por mil razones, que ya considero ociosas y excusadas aquí.

La recaudación ha sido considerable. En todas partes se ha pedido y se ha dado a manos llenas.

Y cuenta que se luchaba con una mala impresión del año anterior, en el cual también se recaudó mucho, pero se tardó en publicar el resultado y la inversión, y en suma (es cuanto puedo decir concretamente, pues no estoy bien informada), el público no quedó contento y algunos periódicos aconsejaron que no se diese. No obstante, la generosidad y lar-